
Disciplina e indisciplina: los obreros textiles del valle de México en los años veinte

Mario Camarena

Los años veinte fueron escenario de un movimiento obrero textil sin precedentes dentro de la rama en el Distrito Federal.¹ Este sector conocido por su combatividad en los conflictos sucedidos en 1907 en Veracruz,² de 1909 en Puebla y durante toda la Revolución Mexicana,⁴ continuó sus luchas en los años posteriores a ésta, manteniendo un nivel constante de agitación durante ellos. Entre 1920 y 1929 se produjeron más de un centenar de huelgas en el conjunto del Valle de México.⁵ El descontento obrero acarrió en varias ocasiones enfrentamientos directos con las fuerzas públicas, que iban acompañados por brotes de resistencia, tanto en el nivel local como regional, los cuales estaban apoyados en las organizaciones sindicales.

La literatura existente sobre el movimiento obrero textil nos deja entrever su huella, debido a las constantes huelgas que pusieron en jaque a los industriales y al mismo tiempo al estado. Las presiones de los trabajadores textiles obligaron a los empresarios a negociar y a los gobernantes a reconocerlos como una fuerza social importante. Durante el breve régimen de Madero se formó un Departamento de Trabajo a través del cual se pretendió darle solución a los problemas de los trabajadores, lo que significó de paso un reconocimiento al movimiento obrero. Fue la primera vez que se negoció con los empresarios y los asalariados la creación de un salario mínimo, así como la duración de la jornada de trabajo. Junto a este convenio se procuró inaugurar la política de “conciliación y arbitraje” como una forma de

resolver los conflictos obrero-patronales, pero ésta no pudo implantarse sino hasta 1925 con otra correlación de fuerzas totalmente distinta, a través de la llamada “Convención de 1925”. En estas reuniones se institucionalizó la participación del estado como mediador en los conflictos obreros.

La literatura que ha venido desarrollándose hace tiempo se ha dividido en diversas vertientes. Una de ellas, es la perspectiva que se ha orientado hacia el análisis estadístico, económico y sociológico de la situación de los movimientos proletarios, haciendo énfasis en que las causas de esos movimientos se debieron a la precaria situación económica por la que atravesaban los trabajadores.⁶ Visto así el movimiento se reduce a destacar el número de huelgas y de obreros que participaron en ellas y el costo económico de las mismas.

Otra perspectiva es aquella donde el investigador escoge un año o una región con el objeto de poder destacar la especificidad de la clase, de esta manera, se subraya su combatividad a través de sus huelgas, motines, etc., y por ello, hace hincapié en las victorias o derrotas obtenidas; a modo de ejemplo: la huelga de Río Blanco de 1907, el motín de San Angel de 1923, las huelgas de la Magdalena en 1925 en el Valle de México.⁷ Así, la historia del movimiento obrero textil se inscribe dentro de la historia de los acontecimientos o hechos heroicos. Las fechas de las huelgas y de las insurrecciones reemplazan a las grandes batallas, los nombres de los líderes a los militares heroicos, reyes y generales. A veces el acento se coloca en la actividad de las masas, lo cual es más

satisfactorio, pero apenas se logra diferenciar de la perspectiva cuantitativa, ya que los movimientos de los trabajadores aparecen en un determinado momento buscando mejoras salariales, mejoras en las condiciones de trabajo, etc. Es decir, que el movimiento es visto en una forma coyuntural que surge sólo en peculiares condiciones de "inestabilidad de la estructura económica".

En ambas perspectivas de análisis se pierde de vista que la lucha de los trabajadores es una lucha permanente y continua, que se genera en el interior del recinto fabril. Es un sujeto en constitución envuelto en su medio histórico. No existe un modelo de lo que es la clase obrera por ser tal, es decir, no existe su esencia histórica. Por ello existe un movimiento que se expresa cotidianamente en las fábricas, barrios, regiones y épocas determinadas y, finalmente, se circunscribe a una nación y a una coyuntura.

En este artículo exploro varias facetas de los continuos enfrentamientos entre los trabajadores y las compañías de hilados y tejidos del Valle de México durante la década de 1920. Analizo sólo un aspecto de los conflictos: el fabril, donde se expresa el movimiento en una forma estructural y permanente; en esta ocasión dejaré a un lado el análisis coyuntural. Parto del supuesto de que los hilanderos fueron creando una identidad como clase mediante su oposición a la estructura de dominación que imponían los empresarios. Esta lucha era permanente, se generaba en las entrañas de las fábricas. Era la respuesta cotidiana de los trabajadores al sistema fabril; que era vista como indisciplina por los empresarios.

Esta forma de respuesta obrera se encontraba matizada por las características de la rama textil del Valle de México para aquella época, la naturaleza de estas relaciones sociales era típica de la explotación capitalista. Entre los empresarios que empleaban a la fuerza de trabajo y los hombres que directa e indirectamente dependían de la venta de la misma se estableció una relación capitalista incipiente, ya que la mano de obra esta-

ba todavía entrelazada con relaciones de tipo campesino y artesanal pues conservaban sus medios de trabajo: la tierra y el telar.

La industria textil se caracterizaba por su forma de explotación, basada en la intensificación del trabajo a través del alargamiento de la jornada de trabajo y la reducción de sus salarios. Esto se constata por el porcentaje del costo de la fuerza de trabajo en los costos de producción totales, aproximadamente un 50 por ciento del total de ellos. Así las ganancias estaban en función del abaratamiento del costo de la fuerza de trabajo y su rendimiento.⁸ Esta peculiaridad de la rama influyó en la naturaleza de los obreros, en sus formas de control y en las formas de lucha y violencia que caracterizaron a las relaciones industriales de los años veinte.

Características de la fuerza de trabajo

El proletariado textil del Distrito Federal en los años veinte estaba integrado por campesinos, artesanos y obreros ambulantes. Constantemente iban de una a otra fábrica en busca de un mejor salario, eran ambiciosos, pero sólo en la medida en que la necesidad se los imponía. En la mayoría de los casos se trataba de campesinos que habían tenido que romper (al principio, temporalmente) con sus tradiciones, con la tierra, pero que al mismo tiempo estaban dispuestos a cambiar el arado por los talleres. Sin embargo, no debe pensarse, que estos obreros textiles tenían prisa en adaptarse al sistema fabril. La conservación de cierta forma de vida tradicional, en contraposición al nuevo ritmo de vida que las fábricas imponían a sus obreros, era el origen de los primeros conflictos laborales que enfrentaron estos nuevos hilanderos. La manifestación más notable fue la indisciplina, que en esta fase aparece como un modo primario de enfrentamiento y el primer paso para el fortalecimiento de una organización. Dentro de este proletariado textil debemos incluir a aquellos obreros cuyos padres también

habían sido hilanderos y tejedores. La segunda generación de obreros —por el hecho de vivir una experiencia diferente a la de sus antecesores— tuvo una relación más estable con el medio industrial; la estabilidad laboral se vio acompañada por su arraigo en los pueblos localizados alrededor de las fábricas. Por lo regular, estos trabajadores eran menos indisciplinados, y tendían menos a las reacciones espontáneas, en cambio eran más metódicos y estaban mejor adaptados a la industria. El cambio provocó transformaciones en el sistema de valores de la clase que contribuyeron a la formación de una cultura obrera.⁹

Las fábricas textiles instaladas en el Valle de México se nutrieron de la migración campesina proveniente de las zonas periféricas y de los estados aledaños a la capital. Pese a las diferencias de origen y costumbres, había entre estos inmigrantes cuatro rasgos comunes: su origen campesino, su insatisfacción ante el bajo rendimiento de la tierra o las recompensas humildes por el trabajo de ella, la necesidad de percibir un salario para enfrentar el empobrecimiento de sus economías y, finalmente, un vínculo muy fuerte con la tierra. Especialmente en el México central, el sector agrícola tradicio-



Obreros durante el proceso de preparación de tintes en las fábricas textiles. (Fototeca INAH).

nal sobrevive junto a la industria textil, y nos encontramos más frecuentemente con “campesinos-obreros” que con obreros en sentido estricto. Por lo regular el campesino se quedaba en su pueblo, trabajando la tierra, y algún familiar se iba a la fábrica del lugar a trabajar.¹⁰ Hay que recordar que las factorías textiles se ubicaban en las cercanías de los ríos con el fin de satisfacer sus necesidades energéticas, es decir, en áreas rurales o semirurales; de esta forma los trabajadores podían conservar sus vínculos con el pueblo.

Aparte del factor económico, los motivos de la emigración respondían a decisiones individuales como el hecho que algunos parientes o amigos estuvieran instalados en alguna fábrica o que tuviesen que huir de su lugar de origen por tener problemas con la ley e incluso por el simple placer de la aventura. Pero aunque eran decisiones individuales estaban fuertemente condicionados por la crítica situación estructural que vivía el país después de diez años de guerra civil.

Este flujo migratorio, lejos de ser un conjunto homogéneo, estaba integrado por hombres y mujeres de los más variados oficios. Además de campesinos había artesanos de telares manuales, antiguos obreros de otras factorías y hasta los que trabajaban la mitad de su tiempo en una fábrica y la otra en el campo o en otro lugar.¹¹ La constante en este flujo migratorio era la población rural. Los desplazamientos no iban de un punto a otro; se trataba, mejor dicho, de una emigración por fases, donde el trabajo en una fábrica textil podía ser el destino final del viaje como una fase transitoria. Para muchos la presencia de paisanos o parientes en un lugar determinó el final de su travesía. Se formaron rutas de emigración específicas a los centros fabriles. En el Valle de México, cerca del 90 por ciento de los trabajadores debieron su ingreso a las fábricas por los lazos de parentesco. A su vez, el proceso de migración reforzó estos nexos, surgiendo entre los grupos de trabajado-

res una fuerte solidaridad.¹²

La incorporación del individuo al trabajo fabril implicó importantes cambios en sus relaciones con el mundo laboral y social. Por un lado, el campesino cambió el azadón por el telar, el artesano trocó sus herramientas y su conocimiento por la máquina y el trabajo sin calificación. Ambos perdían una independencia relativa al ingresar a la fábrica; ahora otros determinaban sus ritmos de trabajo y su relación con lo que producían. La necesidad les obligó a incorporarse a este nuevo ámbito laboral, pero no a aceptarlo. Y aunque al final se verían ellos mismos transformados, ese cambio fue el producto de su integración como de su resistencia. Por medio de la reafirmación de sus lazos de parentesco lograron adaptarse al nuevo ámbito y mantener sus ideas y costumbres; resistieron la hostilidad del trabajo fabril y se opusieron a sus formas opresivas. En este caso la solidaridad fue otro medio de supervivencia. Este fue el inicio de su formación como clase obrera y tuvo lugar en el choque entre su concepción del mundo campesino y la concepción capitalista textil.

Disciplina: no mermarás la utilidad de tu prójimo

Los patrones de la rama textil querían un incremento constante de sus ganancias. Para ello crearon todo un sistema de control —es decir, disciplinario— hacia sus trabajadores con el fin de que fueran más productivos. Esta reglamentación se contradecía con determinados hábitos y costumbres de los campesinos y artesanos habilitados como obreros en la rama textil.

Los trabajadores que ingresaron a las diferentes fábricas del Valle de México quedaron sujetos a este sistema de control y disciplina, al que considero como una mezcla del sistema tradicional hacendario y el de sanciones que disponían los industriales. Las multas, castigos y despidos tenían como único objetivo hacer del

obrero un ente disciplinado, metódico, reservado, menos violento, nada espontáneo, en pocas palabras, más trabajador. Aunque esta disciplina era rígida y autoritaria, los patrones la templaban por lo regular por medio de lazos muy estrechos con sus obreros; lazos que tenían su base en relaciones de compadrazgo; los empresarios, por ejemplo, bautizaban a los hijos de sus obreros, regalaban algunos cortes de tela; lo que en algunos casos redundaba en agradecimiento y estimación y, más importante, mantenía la buena marcha productiva de la fábrica.

Para garantizar una producción continua (que era vista en términos monetarios), los empresarios determinaban lo que debía ser la jornada de trabajo. Por lo regular comenzaba a las seis de la mañana, salían a desayunar a las ocho y media para regresar a las nueve de la mañana, y volvían a las dos de la tarde, para salir definitivamente a las ocho de la noche. No faltaban las “veladas”, aparentemente voluntarias, para reponer el tiempo perdido cuando la semana había sido “quebrada”, es decir, cuando había habido alguna fiesta nacional, religiosa o sindical. En esta forma, con una jornada semanal de 72 horas, y en ocasiones hasta de 80, la mayor parte de la vida activa del obrero transcurría entre las paredes de la fábrica.

Para mantener esta rutina era indispensable imponer una disciplina rígida en todas las factorías. Se expulsaba a todo aquel que atentaba contra la producción y el poder industrial, a cualquier persona reacia al sistema fabril. Estaba prohibido leer, fumar y tomar bebidas embriagantes en la fábrica y los que incurrieran en tales faltas eran multados; también se castigaba a los que no ponían atención a sus máquinas o dedicaban parte de su jornada a otras actividades; cualquier acto que “distrajera” de sus labores a los trabajadores, como jugar cartas, dormir, hacer tejido a mano (chambritas), cantar, silbar, pelear o ir al baño, era considerado como “holgazanería”, y objeto de sanciones. Los capataces eran los encargados de aplicar los

castigos y, de vigilar el trabajo en los salones, para ello utilizaban las amonestaciones, la agresión verbal o física según el caso; esta función estaba apoyada en el reglamento interno.¹³

Sin embargo, el propietario de una fábrica no limitaba el ejercicio de su poder a lo que sucedía en el interior de su empresa, sino que fuera de ésta tenía influencia indirecta sobre sus trabajadores, extendiendo por ello las redes de su dominio. Así les proporcionaba una vivienda que no tenía más de 10 metros cuadrados (2.5 x 4 mts.), que carecía de ventanas y agua, y estaban por lo regular ubicadas dentro de la factoría o en los alrededores de ésta. En las casas se les tenía prohibido a los obreros recibir visitas y tener la luz encendida después de las diez de la noche. La empresa enviaba regularmente vigilantes a las horas más inesperadas para cerciorarse del cumplimiento de las reglas internas que regían a las viviendas. Respecto a los servicios religiosos, los industriales textiles contaban con una iglesia o la patrocinaban; el control e información que de los curas recibían por medio de la participación en los eventos religiosos y de la confesión era otra manera de mantener a los trabajadores dentro de ciertos límites. La red de control de los empresarios logró extenderse hasta los ayuntamientos, por lo que pudieron imponer sus criterios sobre la asistencia de sus obreros a las cantinas y prostíbulos. Los hilanderos, por ejemplo, no podían permanecer más allá de las diez de la noche en los burdeles y no más de cuatro horas continuas.

Los patrones eran una especie de guardianes espirituales; incluso llegaban a oponerse a que ingresaran a la comunidad o cerca de ésta cualquier persona ajena a los intereses de la fábrica. La moral impuesta por los industriales permeaba hasta el último rincón de la vida obrera. Y, por supuesto, cuando los obreros se manifestaban era para oponerse en todos los niveles —fabril, familiar, religioso, cotidiano— contra ese poder de los empresarios que se erigía como omnipresente y todopoderoso.

La oposición entre sistema fabril y sistema agrícola natural dificultaba la incorporación y aceptación plena de la explotación empresarial. Acostumbrados al ritmo natural de sus labores agrícolas y a su dominio sobre su proceso de trabajo, a los operarios les resultaba demasiado molesto cambiar sus hábitos, les resultaba insoportable verse encerrados en un lugar frío y oscuro, repitiendo siempre la misma tarea y sin posibilidades de controlar ellos mismos los productos finales. Incluso los empresarios pretendieron erradicar el uso de jorongos y sombreros durante la jornada laboral. El carácter del trabajo fabril a base de tareas parceladas, repetitivas y mecánicas contribuyó a la parcelarización del obrero. Las formas de trabajo de los hilanderos y tejedores se parecían todas un poco, y compartían la misma monotonía, uniformidad, laxitud psicológica y el mismo desgaste físico. El enorme catálogo de las diferentes multas impuestas a los trabajadores no sólo muestra el intento por imponer cierta disciplina, sino también la oposición a ésta; una rebeldía encaminada hacia la creación de una vida menos monótona y menos agotadora que la vida que se llevaba en las fábricas.

Las actividades parceladas de los obreros hacían de éstos parte necesaria de un todo. El trabajo funcionaba como una cadena con diferentes tareas individuales engarzadas, por lo que la lentitud o la interrupción de algunas de éstas tenía como consecuencia el rezago del trabajo de los demás. Las ligas de hermandad que los trabajadores conservaron —como los lazos de parentesco y otros— permitieron la creación de un modo colectivo de trabajo. La ubicación del obrero en el proceso productivo creó una resistencia específica; sin embargo, su organización rebasaba el estricto ámbito fabril. La resistencia y la forma de rebeldía obrera estaba impregnada de tradiciones campesinas. La principal fue la defensa de los derechos que consideraban naturales, como el derecho a pausas entre la duración de la jornada y el tener

el control sobre la actividad productiva misma. De este modo, la interrelación de lo tradicional con lo fabril creó una cultura obrera opuesta a la forma de explotación y coerción del sistema capitalista. La lucha cotidiana encontró su raíz en la situación peculiar de los trabajadores y de la rama textil.

La indisciplina: a la fábrica no voy

En la década de los veinte, las fábricas del Valle de México fueron un centro de rebelión política. El Valle de México, desde los primeros años del siglo XX, se había convertido en una zona fabril importante, en ella se concentró algo más del 40% del total de las fábricas textiles. En 1922, de las ciento cuarenta huelgas que realizaron los textiles,¹⁴ setenta y una tuvieron lugar en el Distrito Federal. Símbolo de energía social que deterioraba el curso de la naturaleza, las fábricas textiles traían consigo una amenaza doble. En primer lugar, alteraban la ecología de la zona y la marcaban con su presencia. El ruido, la concentración de viviendas alrededor de las fábricas, el acaparamiento de agua, la contaminación de los ríos son sus rasgos más sobresalientes. En segundo lugar, las prioridades industriales y la jerarquización interna del trabajo destruían las tradiciones de los obreros.

Desde el comienzo, los hilanderos incorporados a las fábricas se resistieron a la desaparición de su antiguo modo de vida. A pesar de los empresarios, de sus reglamentos y sanciones, los operarios siempre defendieron sus costumbres y estilos de vida, lo que trajo como consecuencia una cultura obrera que ayudó a su identidad como clase. Al entrar a la fábrica no sólo se incorporaban a la división del trabajo, sino también a un grupo formado por amigos, parientes y paisanos. Entre ellos mantenían tradiciones y costumbres de sus lugares de origen: el vestido, la comida, las diversiones y ciertos días festivos.

Precisamente en éstos últimos se rompían las barreras entre las nuevas amistades; los juegos de futbol y el box, por ejemplo, eran actividades que reunían a los obreros del Valle de México.¹⁵ Viejas y nuevas amistades se continuaban dentro de la fábrica, por lo que era común que se les multase por visitar o pasear con los amigos durante horas de trabajo. Dentro o fuera de la fábrica la expresión de camaradería siempre encontró la desaprobación y, en ocasiones, la represión de los empresarios.

Los intentos empresariales por cambiar, reducir o abolir hábitos, diversiones y celebraciones de sus trabajadores produjeron múltiples conflictos en la rama textil. La celebración de fiestas religiosas y días de guardar, la forma de vestir de los operarios y el respeto a los horarios inflexibles fueron causa de muchas protestas y despidos.¹⁶ Los obreros textiles, en su incesante intento por mantener una liga y una continuidad con su pasado, con las cosas que conocían y las que les eran familiares, iban moldeando una nueva identidad que conservaba rasgos de campesinos e incorporaba rasgos de obrero.

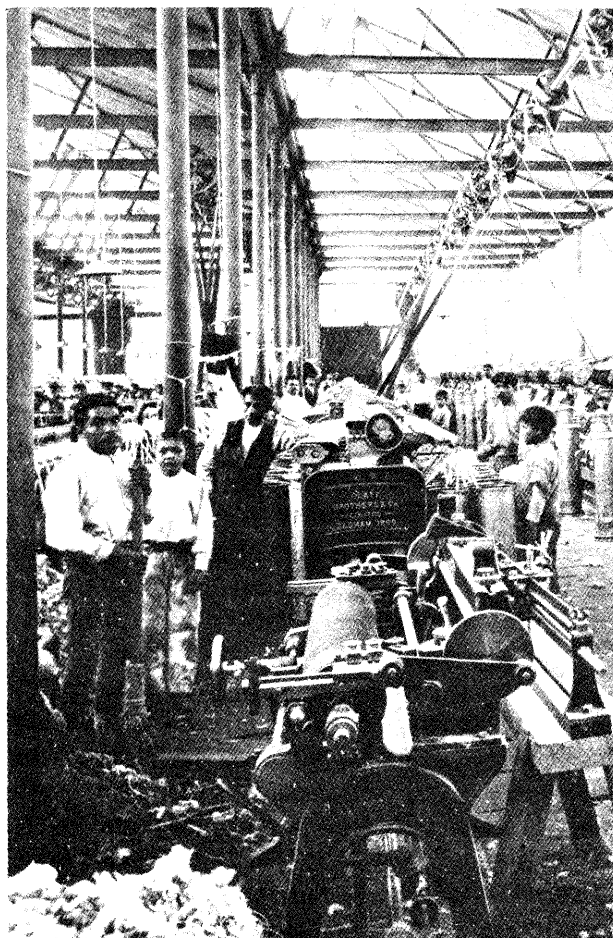
Parte integral y renovadora de esta identidad fue el lenguaje mímico de los trabajadores. El ruido intenso de las máquinas, ante el cual muchos reaccionaban con horror, fue la causa para que buscasen formas de comunicación que les permitieran contrarrestar y oponerse a la cacofonía fabril. Un lenguaje mímico similar en todas las regiones textiles les permitió comunicarse en horas de trabajo. Esta expresión de los trabajadores textiles creó las uniones no sólo en momentos de conflicto sino durante las horas en que las máquinas daban la ilusión al visitante casual de dominarlo todo. La rutina de trabajo al llegar los años veinte, ya incluía una considerable gama de formas de oposición indisciplinarias utilizadas por los textileros. La resistencia era contra el despotismo que ejercían propietarios, administradores y capataces, y se expresaba en dos niveles diferentes:

el individual y el colectivo. La obstinación individual no siempre se daba aislada, y en la mayoría de los casos, involucraba a todo un grupo. Por encontrarse en rejuego constante, sería imposible dar una significación separada de cada nivel de oposición; más útil es ver los mecanismos de mediación entre lo individual y lo colectivo.

Los primeros lazos de un obrero en la fábrica eran con sus amigos, parientes y paisanos. Por esto mismo, las primeras formas de organización estuvieron permeadas por el hecho de ser parientes, compadres o amigos, así como por la defensa de tradiciones y costumbres. Los obreros podían pelear entre ellos continuamente, pero se unían cuando eran atacados por el administrador o cuando un capataz regañaba y castigaba a algún trabajador. Es decir, se unían para protegerse del exterior. Estos fueron los primeros brotes de una organización informal; se defendía al amigo y no al obrero. Cotidianamente se repetían confrontaciones como ésta. La solidaridad cotidiana salvaba la distancia entre la resistencia individual y la colectiva. En los diversos talleres, este tipo de lazos solidarios permitió a los trabajadores actuar en forma organizada. Muchos de los que trabajaban en un mismo departamento no eran sólo parte de un mismo engrane productivo, sino también paisanos, parientes, compadres o amigos. Estos eran la célula de la organización obrera en la fábrica. Su trabajo daba vida a la gran masa inerte de edificios y máquinas. Su labor también les exigía resolver todo tipo de problemas.

El despotismo de los administradores y capataces eran el pan de cada día. Los paros continuos por departamentos contra un capataz son evidencia de como los hilanderos se enfrentaban a ello. De esta práctica surgió la forma de oponerse a las normas impuestas por los empresarios, la presión o la protesta en el momento y lugar mismo de los acontecimientos. Su eficacia dependió, ante todo, de la cohesión de los trabajadores en cada departamento.

Los líderes que surgían en los diferentes departamentos eran aquellos que los demás obreros reconocían por ser paisanos o compadres, por haberles ayudado a encontrar trabajo en la fábrica, por saber leer y escribir, por ser más hábiles para pelear, o por saber hablar en público.¹⁷ Para mantener la confianza que en ellos se tenía, rendían cuentas tanto de sus aciertos como de sus fallas. Pero la responsabilidad de actuar no recaía en ellos únicamente, por lo común los operarios paraban las máquinas y discutían cuál debía ser su proceder. Los departamentos paraban continuamente por distintas razones: accidentes, mal trato, arbitrarie-



Hombres, mujeres y niños del departamento de hilados de la fábrica La Hormiga, DF. (Fototeca INAH).

dades, juntas sindicales. Decididos a protestar, se dirigían a las oficinas de los administradores y no reanudaban labores sino hasta conseguir sus demandas. La solidaridad, por lo regular, se regaba como pólvora y obreros de otros departamentos paraban sus tareas. Cuando el apoyo no surgía espontáneo, los obreros en paro no les surtían de materia prima y así los obligaban a parar. Las nuevas de un conflicto se difundían rápidamente y pronto un grupo considerable de obreros se veían involucrados. La solidaridad nacida de los grupos de trabajo y los departamentos encontraba eco en el resto de la fábrica, razón por la cual el sindicato fue en estos casos una prolongación de la organización informal de los trabajadores.

La forma de organización obrera estuvo mediada por las instituciones ya existentes: lealtades, parentesco, étnia. Las características de esta organización dieron al sindicato la naturaleza de su tendencia política; la organización sindical partía de las necesidades de sus agremiados, de aquí la vigencia de la acción directa. Los mecanismos y el significado de la labor sindical están retratados de manera ejemplar en un memorándum elaborado por la misma patronal textil:

Los funcionarios del Sindicato, en el interior de la fábrica y durante el desarrollo del trabajo, ejercen una inspección minuciosa en los departamentos, contrarían las órdenes de los maestros, designan las máquinas en que deben trabajar los obreros; se oponen a los cambios de los obreros de una máquina a otra y hacen imposible toda medida de disciplina; fijan a los maestros la forma y extensión en que han de ejercer sus funciones, y han llegado hasta impedir que el maestro de un Departamento visite el salón en que trabajan los obreros que están bajo su dirección inmediata.¹⁸

Los trabajadores en su departamento, así como el sindicato en el conjunto de la fábrica, se adjudicaban el derecho a determinar las condiciones en que producían las telas. Los obreros, queriendo imponer su poder en el interior de las fábricas, comenzaron a intervenir en las áreas administrativas; así fue como se crearon diversas

comisiones: de mugre, de control de peso, para resolver problemas, para revisar los libros y ver el monto de las ganancias patronales. A través de estas comisiones los trabajadores comenzaron a tener ingerencia en el proceso de trabajo, ganándole espacio a los patrones, haciendo —hasta cierto punto— autogestiva la producción. Esta política forzó a los empresarios a negociar con los operarios, y fue posible el surgimiento de una organización obrera para la defensa y oposición. El sindicato encabezó esta autodeterminación. Como en el centro de gravedad de estas luchas se hallaba en los problemas de organización del trabajo y en los ritmos de producción, es decir, en las relaciones mismas de producción capitalista, la participación del sindicato en estos problemas significó para los empresarios una intromisión insoportable, además de lo que significaba para ellos la utilización de parte del tiempo de trabajo para efectuar sus reuniones sindicales. La resistencia al despotismo empresarial como a la forma de trabajo planteaba un problema dentro de la lucha en las fábricas: el control sobre el proceso de trabajo.

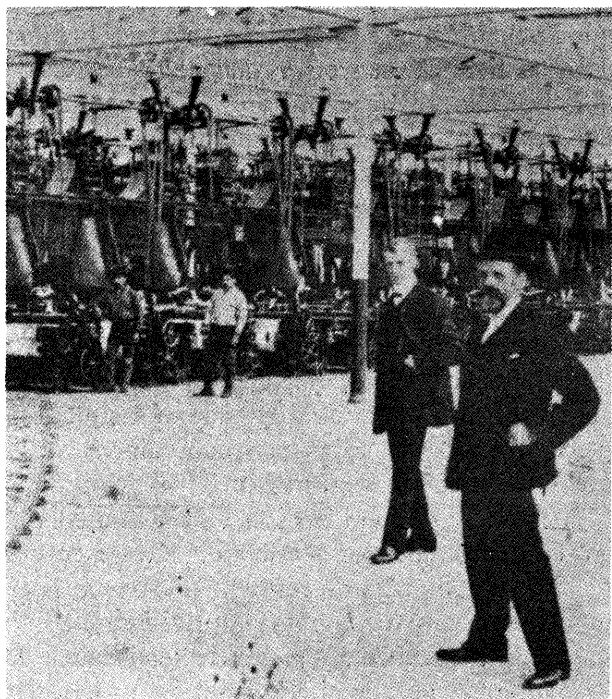
La lucha por salarios se presentó cuando ya hubo una organización previa a la lucha; y aun cuando esta organización no haya cuajado de una manera formal, esta lucha salarial actuó como catalizador para su formalización. Por otra parte, la disputa por la defensa de los salarios no puede separarse de la lucha por mejoras en las condiciones de vida y trabajo. En la década de los veinte, las huelgas de los trabajadores del Valle de México planteaban demandas por la modificación a los salarios, aumento salarial, pago por horas extras, descanso dominical, control de los abusos de los supervisores, derecho a leer periódicos, prohibición de las tiendas de raya, reconocimiento de sus sindicatos, etc.; es decir, que la lucha por el salario trascendió hacia otras reivindicaciones.

Así como hubo huelgas que rebasaron el marco de la fábrica para ligarse a otras organizaciones o trabajadores de la rama, también los operarios de una fábrica llegaron a integrarse a movimien-

tos cuyos espacios estaban en la comunidad. Dentro de estos movimientos dos motivos eran los más frecuentes: la escasez o carestía de las viviendas y el acaparamiento de los artículos de primera necesidad. En el porfiriato las casas para los trabajadores las encontramos vinculadas con las fábricas: las habitaciones se construyeron en las inmediaciones de las empresas. Al concluir la fase armada de la revolución, los patrones de la rama textil ya no siguieron construyendo más habitaciones, a excepción de casos especiales. El papel de los empresarios como caseros levantó protestas que reivindicaban la eliminación de las rentas y de las reglas internas que regían a estas habitaciones —como vimos más arriba. La falta de vivienda ocasionó el crecimiento y formación de colonias proletarias fuera de la fábrica, pero en las cercanías de los centros de producción. Esto llevó a los trabajadores a crear diferentes estrategias para hacerse de una casa; existió entonces desde el pequeño grupo que pudo comprarse una casa, hasta la gran mayoría que tuvieron que asentarse en terrenos baldíos o en las habitaciones propiedad de las fábricas y que, por ello, tuvieron que enfrentar a sus patrones desde la perspectiva de inquilinos. Por otro lado, la monopolización de los artículos de primera necesidad por parte de los comerciantes provocó una serie de protestas de los habitantes de las comunidades en contra de ese poder. Se realizaban mítines, boicots, incluso se buscaron otros métodos más persuasivos como dinamitar alguna tienda, golpear a los comerciantes, etc., todo con el fin de que bajaran los precios, pero, a pesar de estas actitudes amenazantes poco fue lo que se logró.

Así, en la primera década posrevolucionaria, en la década de los veinte, los trabajadores textiles se comportaron como una clase con posibilidades de actuar como una multitud y no como un ejército organizado. Sus manifestaciones de descontento no eran las huelgas ordenadas, lúcidas, burocráticas, sino las huelgas al vapor, sobre las rodillas, sin fondo de resistencia ni el

apoyo necesario para respaldar económica y moralmente al movimiento por un tiempo largo. Los obreros textiles luchaban de un modo espontáneo y siempre en el momento mismo en que tenía lugar algún conflicto; sin más organización que la que había en los talleres, decidían el sí o el no a la huelga o al paro, por lo que era indispensable recurrir al uso de formas de presión eficaces para resolver sus demandas de una forma rápida y favorable. Las tácticas eran por lo regular efectivas y sin embargo, los trabajadores contaban con un arsenal limitado de recursos; sólo podían luchar mediante marchas, gritos, abucheos, intimidaciones, paros, sabotajes, huelgas y violencia. El poder de los obreros residía en la acción directa (que entiendo aquí como la lucha de clase contra clase, a través de los recursos mencionados anteriormente), mientras no se admita esto, no se logrará comprender la especificidad ni la importancia de su lucha.



Departamento de tejido de la fábrica Santa Rosa, Veracruz, con personal extranjero a cargo de la administración.
(Archivo Sindical textil de Santa Rosa).

Conclusiones

Al analizar las luchas cotidianas de los obreros textiles, especialmente las que se dieron en el seno de las fábricas, observamos que la indisciplina de los trabajadores, enfocada hacia “el cabrón que nos roba dinero”, fue forjando la identidad de los hilanderos como clase y, paralelamente, fundaron y crearon las bases para una organización sindical. El potencial de resistencia de la clase obrera contra la explotación giró en contra de: la parcialidad de las leyes en el interior de la fábrica; la ruptura de las tradiciones; la pérdida del tiempo libre y las diversiones tradicionales; la reducción del hombre a la condición de instrumento, es decir, de objeto; y el trato por hacerlos producir más.

Los hechos que provocaron los movimientos de resistencia más fuertes en el seno de las fábricas no tuvieron nada que ver con los costos de vida y los problemas salariales, sino que se orientaron en contra de la estructura de dominación que se impuso en la fábrica; todo ello muy alejado del prosaico “pan, manteca y pulque” de los obreros. Las luchas de los hilanderos y tejedores en el recinto fabril fue una lucha sin cuartel, una guerra cotidiana y permanente.

¹ En el Valle de México existían treinta y siete industrias textiles, que ocupaban aproximadamente veinte mil obreros. Estas estaban ubicadas alrededor de la ciudad como un extenso cinturón. En San Angel Tizapán y Contreras: Santa Teresa y La Magdalena (propiedad de Veyan Jean y Cía. Francesa); La Alpina, La Hormiga y la Carolina (capital norteamericano de Robert's y Cía.); La Abeja (propiedad de méxico-italianos). En Tlalnepantla: San Ildefonso, La Colmena y Barrón (propiedad de Alberto Signoret; capital francés); Río Hondo (de Veyan Jean y Cía). En Tlalpan: La Fama Montañosa. En Cuautitlán: La Aurora. En Tenancingo: La Providencia. En Zinacantepec: San Pedro Tejalpa. En Tlalmanalco: La Miraflores. En 1925, se localizaban dentro de los límites del Distrito Federal y en la ciudad de México: La Linera; La Providencia, en Santa María; La Perfeccionada, en la colonia Doctores; La Aurora, en la Calzada de Chimalpopoca; San Antonio Abad, en la calzada del mismo nombre (propiedad de Alberto Signoret); La Carolina, en la calzada Zaragoza; El Salvador; La Victoria; La Rosa; La Sedanita Mexicana; La Luz; La Europea; La Castiza; La Trinidad; La Pasameña Francesa; La Española; El Angel; Sedería de Chambón; La Carolina (de la Casa Noriega y Cía.).

Estos datos están tomados de Guadalupe Ferrer, Paco Ignacio II, "Los Hilanderos Rojos", en *Segundo Coloquio de Historia Regional 1979*, Mérida, CEHSMO, y Censos de Hacienda, de 1936, de la Secretaría de Hacienda, 1936, Talleres Gráficos de la Nación.

² Véase Bernardo García, *Un pueblo fabril del porfiriato: Santa Rosa, Veracruz*, México, Fondo de Cultura Económica-SEP, sep/80, núm 2, 1981, pp. 87-155; John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931*, México, Siglo XXI, 1980, pp. 127-135; Barny Carr, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, Tomo I, México, sep/setentas, núm. 256, 1976, pp. 41-44.

³ Ramón Eduardo Ruíz, *La Revolución mexicana y el movimiento obrero*, México, Ediciones ERA, 1976, pp. 31-42.

⁴ Esperanza Tuñón Pablos, *Huerta y el movimiento obrero*, México, Ediciones El Caballito, 1982, pp. 91-95. Entre 1911 y 1913 se produjeron más de un centenar de huelgas en la industria textil del país.

⁵ En 1920 estallaron 71 huelgas; en 1921, 161; en 1922, 140; en 1923, 85; en 1924, 30; y en 1925, 12. Véase Marjone Ruth Clark, *La organización obrera en México*, México, Ediciones ERA, 1979, p. 151.

⁶ Véase Manuel Reyna Muñoz, *Movimiento obrero textil*, (1829-1929), Tesis de Licenciatura CP. y S, UNAM, 1973; Victoria Leticia Galván Ojeda, *La CROM de Puebla en la industria textil, 1920-29*, Tesis de Licenciatura en Economía, UAP, 1979; Patricia Luna, "Industria textil y clase obrera en Veracruz", en *Memoria del Primer Coloquio Regional de Historia Obrera*, Xalapa, CEHSMO, 1977, pp. 201-236.

⁷ Véase Rogelio Vizcaíno, "Recordando 1921", en *Segundo Coloquio Regional de Historia Obrera*, Mérida, CEHSMO, 1978, pp. 553-642; Guadalupe Ferrer y Francisco Ignacio Taibo II, "Los Hilanderos Rojos", en *op. cit.*, pp. 669-753

⁸ Datos obtenidos de la Secretaría de la Economía Nacional, "La Industria Textil en México", México, Talleres Gráficos de la Nación, 1934.

⁹ Un 10% de los obreros que existían para los años veinte eran hijos de obreros. Por ejemplo la señora Eligia Reyes Corona que era obrera de La Abeja hoy puente Sierra, fue la madre de Ciro y Víctor Mendoza, que trabajaron en las fábricas La Magdalena, Santa Teresa, El Salvador y El Angel. Véase Guillermina Baena Paz y Luis Monroy, "Ciro Mendoza y Eduardo Arellano: dos líderes textiles cegetistas", en *Estudios Políticos*, núm. 16, FCP y S, UNAM, 1978, pp. 64-68.

¹⁰ Entrevista realizada por Mario Camarena Ocampo al señor Gilberto Mondragón en febrero de 1983. Gilberto Mondragón fue obrero de La Magdalena desde 1917 hasta 1965. Tenía 7 hectáreas en el pueblo de Contreras, que le servían para cubrir sus gastos. Como vino a buscar trabajo a los 12 años para ayudar a su familia les mandaba parte de sus ingresos.

¹¹ Mi padre "tenía un telar rudimentario de madera e iba a la Merced a comprar sus materias primas y preparaba sus tintes para colorear sus hilos, redinaba sus canillas para la trama, urdía sus telas en la pared por medio de estacas e hilo por hilo; cuando ya tenía la cantidad de hilos (necesarios) en su tela, bajaba la tela, la colocaba en el telar que era accionado por él mismo, pues no era de poder, y tejía sus telas. Las cuales se les llamaban camballas, eran unas telas de cuadros en rojo y blanco, y verde y blanco. También tenía su metro de madera y después de sacada la tela del telar, salía a la calle a vender sus productos, todo esto es relatado a grandes rasgos pero el proceso de elaboración es mucho más largo..." Entrevista realizada por Mario Camarena Ocampo a la señora Aurora Franco Rodríguez, agosto de 1982.

¹² Generalmente, la manera de ingresar a cualquier fábrica textil era a través de los lazos de parentesco. Es decir, que si uno tenía en alguna fábrica un amigo o pariente podría fácilmente encontrar trabajo ahí; incluso los mismos porteros de las factorías, cuando algún desconocido se acercaba a preguntar por trabajo le decían: "Aquí no trates, es de familia". Entrevista realizada por Mario Camarena Ocampo a la señora Franco Rodríguez, agosto de 1982. Véase también Bernardo García, *op. cit.*, pp. 30-41.

¹³ "Reglamento interno de las fábricas de hilados y tejidos en la República. Aprobado por la Convención de Industriales reunida en la Ciudad de México en julio de 1912", AGNM, Ramo Gobernación, Legajo 817.

¹⁴ Marjone Ruth Clark, *op. cit.*

¹⁵ Entrevista realizada por Emma Yañez al señor Luis Alvarez ex-obrero textil de La Carolina, 1983.

¹⁶ Véanse las innumerables demandas y causas de muchas huelgas en el AGNM, Ramo Trabajo.

¹⁷ Entrevista realizada por Mario Camarena Ocampo al señor Gilberto Mondragón, febrero de 1983.

¹⁸ AGNM, Ramo Trabajo.

